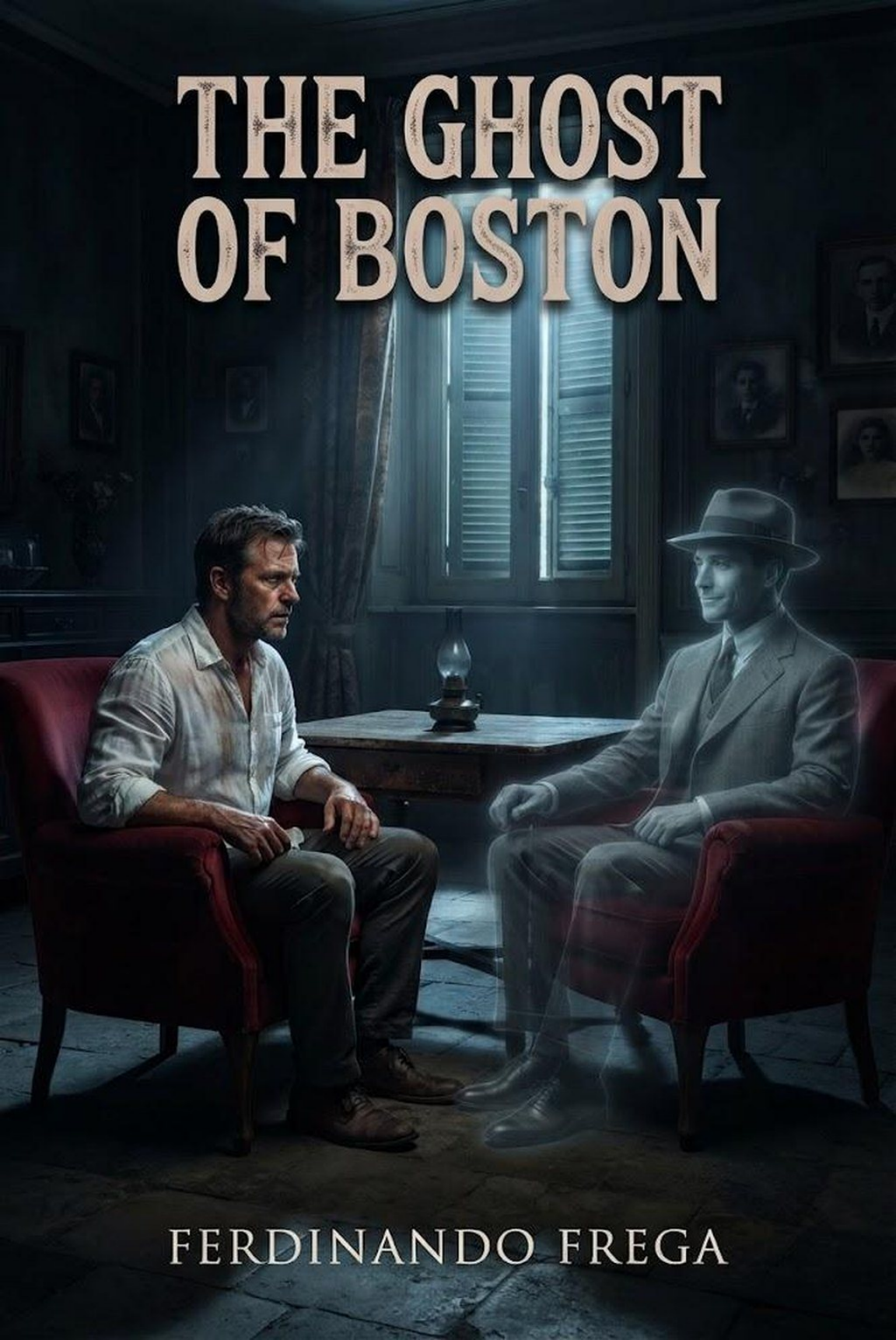
THE GHOST OF BOSTON



FERDINANDO FREGA

EL FANTASMA DE BOSTON

THE SYSTEM · 12

Cuando hablas de los dos últimos años de tu vida, no estás simplemente recorriendo un principio y un final. Estás describiendo un punto de ruptura del que no hay retorno, solo destino, muy parecido al mío.

Se había convertido casi en un mantra. Cada vez que alguien se preguntaba quién eras, la respuesta salía sola, familiar para muchos y de verdad comprendida por muy pocos.

No ser más que alguien cuya existencia nadie espera, y sin embargo ahí estás. Y llevamos el mismo nombre.

El primer testigo verdadero de esa existencia fue mi hija Giorgia, de veintitrés años, que vive con una parálisis parcial en las extremidades inferiores, regalo de nacimiento causado por un parto tardío y, quizá, por una atención insuficiente.

Su rabia se convirtió en mi desafío, la misma rabia que un día dejé sobre la tumba de mi madre y que después volví a encontrar en ella. Nunca perdía la ocasión de retarme, de plantarme cara, de decirme todo lo que le molestaba de mi comportamiento. La había criado su madre, una mujer sencilla y culta, con la complicación añadida de ser licenciada y estar perfectamente integrada en el marco aceptado por la sociedad.

Esa era su normalidad. Era precisamente lo que yo siempre había apartado y excluido de mi propia vida.

No tenía sentido discutir con las dos mujeres de mi familia. Nunca iba a ganar. No porque tuvieran razón, sino por carácter. Siempre

me había encantado perder. Ellas nunca lo supieron.

Fue una noche sofocante de agosto. Me había saltado la cena, otra manera de demostrarme a mí mismo que dominaba tanto la intimidad como la comida, cuando un ruido seco me despertó.

Pensé que era el perro, mi labrador americano, la única fuente lógica de semejante sonido. Pero me equivocaba.

Cuando llegué al comedor, lo vi sentado en el sillón rojo con su media sonrisa.

Lo conocía.

Era el Fantasma de Boston.

Me saludó desde el otro lado de la sala como un viejo amigo y se quejó enseguida de haber tenido que viajar hasta la Calabria saudí. Cuarenta y cinco grados centígrados eran excesivos incluso para él, y verse obligado a dejar las frescas costas de Maine no había mejorado su humor.

Me recordó las tres historias que yo había publicado en la sección de fantasía de Gillettenarrative. La Quiromántica, dijo, había divertido a muchos de sus colegas, y algunos se preguntaban cuándo había ocurrido todo aquello.

No tenía ninguna gana de escribir una secuela, así que, después de tranquilizarlo, le pregunté qué lo traía a mi casa.

«Vine por otra razón», respondió.

La naturaleza del encuentro no era espiritual, ni mágica, ni esotérica, ni editorial, ni literaria, ni financiera. No tenía acuerdos con nadie en P&G. Simplemente quería contarme mi propia historia, explicarme quién era yo y revelarme la parte de mí que no conocía.

Dejé claro que si la conversación se volvía antropológica, genealógica o ginecológica, no pagaría ni un céntimo. No me suscribiría a nada. No necesitaba saber si pertenecía a una casta noble o a alguna casa antigua.

Ser lo que ya era me parecía suficiente.

«Tu antepasado era georgiano», dijo. «Un pueblo que lleva mucho tiempo en tensión con los rusos. Gente seria, precisa. No belicistas. Simplemente amantes de la vida».

«BIENVENIDO», respondí. «Ahora la historia se pone interesante».

«Eres verdaderamente un magnífico hijo de puta, Bladefrega», dijo el fantasma. «Parte de lo que escribiste sobre tus orígenes es cierto. El mismo instinto que te guía siempre. Pero estoy a punto de contarte lo que nunca habrías podido escribir, porque no lo sabías».

Señaló el otro sillón rojo.

«Siéntate. Aquí no hay ninguna adivina. Estamos solos. Mirémonos bien y entendámonos un poco mejor».

Ferdinando Frega
Gillette Man ⚔️